

madras de celo, eran justas y llenas de caridad y de instruccion. Si las que nosotros hacemos á los otros no tienen el mismo éxito, esto proviene de que no tienen las mismas cualidades.

PUNTO III.

Advertencia de Jesucristo á sus Apóstoles.

«Entonces entendieron que no habia dicho que se guardasen de «la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos...»

Contra la doctrina de los fariseos; esto es, de aquellos hipócritas que por hacerse honor llevan al exceso la moral del Evangelio, hacen una profesion exterior de severidad, mientras se atreven á combatir abiertamente las decisiones de la Iglesia, á ultrajar sus pastores, y á desacreditar sus defensores; de aquellos hombres que tienen solamente una piedad falsa, supersticiosa y despojada de aquel espíritu de caridad que es la basa de la Religion.

Contra la doctrina de los saduceos; esto es, de aquellos hombres impíos que dan en un exceso opuesto al de los fariseos, que no distinguen la virtud del vicio, no reconocen otras sustancias que los cuerpos, otra vida que la presente, otra felicidad que la voluptuosa, ni otro fin que á sí mismos.

Contra la doctrina de los herodianos; los que, poco diferentes de los saduceos, no reconocen otro Dios que la fortuna, otro Mesías que el soberano, otra ley que el respeto humano, otras máximas que las del mundo, otro mérito que el favor... Los nombres de estos hombres indicados aquí por el Salvador se han mudado; pero no se han mudado sus costumbres. Estos actores ya pasaron; pero los personajes y sus pasiones han quedado aun, y bajo nombres diferentes representan las mismas escenas. El mundo está lleno de personas semejantes á aquellas de quien advierte aquí el Salvador que nos guardemos y desconfiemos. ¿Qué vendremos á ser nosotros si vivimos sin precaucion, si leemos y lo escuchamos todo sin discernimiento y sin cautela? Cada una de estas tres sectas es peligrosa, y todas tres están siempre dispuestas á coligarse contra Jesucristo y su Iglesia, contra la piedad y la gente de bien.

Peticion y coloquio.

Inspiradme, ó Señor, aquella piedad verdadera y sólida que solo puede venir de Vos, y á Vos solo conducirme. Preservadme de la

levadura de los fariseos, de los saduceos y de los herodianos, infundiendo en mi espíritu vuestra verdad y en mi corazón vuestra divina caridad. Sea vuestra doctrina en mí como una sagrada levadura que enteramente me mude, y que sublevando mi espíritu y mi corazón sobre las cosas de la tierra, los haga dignos de vuestra gracia en el tiempo, y de vuestra gloria en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXXXIV.

SANA JESÚS UN CIEGO EN BETSAIDA.

(Marc. viii, 22-26).

DE LA VIDA ESPIRITUAL.

La sanidad de este ciego, y las circunstancias que la acompañan, nos suministran los caracteres y las condiciones que deben tener: 1.º la vida purgativa; 2.º la vida iluminativa; 3.º la vida unitiva.

PUNTO I.

De la vida purgativa.

Tres cosas son necesarias en la vida purgativa... Lo 1.º *Es necesaria la oracion para entrar en ella...* «Y vinieron á Betsaida, y le «presentaron un ciego, y le suplicaban que lo tocase...»

El hombre es ciego en el pecado, lo es en una vida tibia, y lo es en una vida disipada y mundana. En este estado no conoce, como conviene, ni á Dios, ni á Jesucristo, ni el fin para que fue criado, ni las obligaciones de cristiano que ha de cumplir. Jesucristo solo puede sanar esta ceguedad, pero ¿cómo irá á él el ciego? Es necesario que venga conducido, es necesario que se ruegue por él. Rogad, pues, padres y madres, por vuestros hijos; rogad, parientes y amigos; rogad, almas fervorosas y celosas; hablad tambien; exhortad; conducid á Jesucristo estas almas ciegas, y empeñadlas tambien á ellas á que rueguen. ¡Ah, cuántos pecadores han convertido, cuántos Santos han hecho las súplicas y las oraciones de las almas justas y fervorosas! Otros han rogado por nosotros, roguemos nosotros por otros.

Lo 2.º *Es necesaria la separacion del mundo para perseverar en ella...* «Y cogiendo al ciego por la mano, lo llevó fuera de la alde... ó de la ciudad, como dice san Juan.»

El que está verdaderamente movido del deseo de volver á Dios, de purificarse de sus pecados, de ser iluminado, de santificarse, debe comenzar por salir de la ciudad; esto es, debe separarse del mun-

do y renunciar á sus alegrías, á sus placeres y á sus concurrencias. Estamos fuera de la ciudad y separados del mundo, cuando retirados en el estado religioso, para acabar allí nuestros días, hemos hecho un entero divorcio con el mundo, con los usos y con las leyes del mundo. ¡Felices aquellos que Dios conduce á este puerto tranquilo, en que pueden cómodamente practicar la penitencia y trabajar en su perfeccion! Estamos fuera de la ciudad, y separados del mundo, cuando retirados en la propia casa, y atentos á las obligaciones del propio estado, no tenemos comunicacion con el mundo, sino por la caridad ó por necesidad; pero teniendo siempre el corazon separado de él, de sus placeres, de sus pompas, de sus máximas y de sus vicios... Estamos fuera de la ciudad y separados del mundo, cuando retirados en nuestro corazon, léjos del estrépito de los negocios y de las pasiones gemimos sobre nuestros pasados deseos, pedimos á Dios perdon de ellos, y nos disponemos á la cuenta que es necesario darle de todas las acciones de nuestra vida.

Lo 3.º *Es necesaria la mano del Salvador para adelantarnos en ella...* «Y cogiendo al ciego por la mano...»

Si el mismo Jesús no nos coge por la mano y no nos conduce, ¿dónde iremos nosotros, y qué adelantamiento podremos hacer en la virtud? ¿Cómo llegaremos al término de vencer nuestras propias repugnancias y los impedimentos que el mundo y el demonio incessantemente oponen á nuestra felicidad? ¡Oh, cuántas gracias poderosas, cuántos acontecimientos singulares, cuántos golpes de una amable providencia concurren á desprender una alma del mundo y unirla únicamente á Jesucristo! Llamemos con reconocimiento y confusion á nuestra memoria todo lo que Dios ha hecho en este género. ¡Felices aquellos que se dejan conducir de este modo! ¡Qué delicias gustan, qué virtudes adquieren, qué progresos hacen en la vida del espíritu! ¡Ah, cuándo podré gozar de un reposo tan dulce en el silencio y en la larga ausencia del mundo!

PUNTO II.

De la vida iluminativa.

Tres virtudes son sobre todo necesarias y recomendadas en la vida iluminativa:

1.ª *Una práctica exacta de las obras de piedad.* Habiendo salido Jesús de la ciudad, y hallándose solo en la campiña con sus discípulos, y con el ciego que conducía por la mano... «Y escupiéndole «en los ojos, y poniéndole las manos, etc...»

Jesús aplica su virtud á las señales que juzga á propósito poner, y nosotros debemos respetarlas, admirar su poder, y darle gracias por su bondad... Para adquirir la perfeccion hay ejercicios piadosos establecidos y practicados por los Santos, pero que á los ojos de la carne comparecen pequeños y despreciables; guardémonos de hacer de ellos el juicio que hacen los mundanos; sometámonos á ellos; practiquémoslos con fidelidad si queremos ser iluminados. Ellos son mas eficaces de lo que pensamos para sujetar la carne, para domar los sentidos y humillar el espíritu... Si este ciego no hubiese querido sufrir sobre los ojos ni la saliva ni las manos del Salvador, ¿qué pensaríamos nosotros de él, sino que seria un insensato, y se habria quedado siempre ciego? ¡Oh, cuántos hay de estos insensatos, que despreciando las piadosas industrias de los Santos, y dejando de ponerlas en práctica, se quedan en su ceguedad en pena de su orgullo!

2.ª *La candidez en dar cuenta de la conciencia...* «Le preguntó si «veía alguna cosa; y él, levantando los ojos, dijo: Veo hombres ca- «minar como los árboles...»

Jesús no quiere sanar este ciego todo de un golpe, como habia sanado á tantos otros, para hacernos conocer que él es el señor de sus gracias, y las comunica con la proporcion que le agrada... Acaso se conformaba en esto con la debilidad de la fe del enfermo, el cual no habia pedido por sí mismo su salud, pues, como hemos dicho muchas veces, la fe es la medida de los dones de Dios. Sea como se fuese, Jesús quiso que él mismo declarase lo que veía, para que por una parte comprendiese lo que habia recibido, y por otra lo que le faltaba aun, y que animando su reconocimiento y su fe, y encendiendo sus deseos, se hiciese capaz de una sanidad entera. Este es el fruto que se saca de la candidez con que descubrimos nuestros pensamientos y todo nuestro interior al que nos guía. Cobre- mos ánimo, porque empezamos á conocer bien y á gustar verdades antes desconocidas. Humillémonos al ver estas verdades solamente de una manera confusa, en sombras, de léjos, y mezcladas con quimeras que produce nuestro espíritu, y que no puede disipar nuestra ignorancia: entonces oremos, y pidamos conocerlas mejor; deseemos, esperemos, y pongámonos en estado de ser iluminados sobre nuestras falsas ideas, y de quedar asegurados contra los fantasmas que fatigan nuestra imaginacion.

3.ª *La perseverancia en los ejercicios de piedad...* Despues de la respuesta del ciego «le puso de nuevo las manos sobre sus ojos, y

«empezó á ver; y fue sanado, de manera que veia todas las cosas «claramente...»

Hay esta diferencia entre los ojos del cuerpo y los del alma, que los primeros tienen un grado de actividad natural y limitada, fuera del cual no pueden pasar mas adelante, ni adquirir algun grado de perfeccion; pero los segundos pueden perfeccionarse al infinito, y adquirir cada dia nuevos grados de claridad y de penetracion. Las mismas verdades de salud y de fe se han visto por un hombre interior, por un Santo, de una manera mas elevada y perfecta, que por el comun de los fieles. El medio de adquirir este aumento de luces consiste en aprovecharse bien de aquellas que ya se tienen, en reconocer que Jesucristo solo es el origen de aquellas que se poseen, y de aquellas que se esperan; consiste en pensar que las que ya tenemos son pocas, en comparacion de las que nos faltan y tendríamos, si hubiésemos tenido mas fidelidad, y en comparacion de aquellas que gozan otras muchas almas, acaso menos favorecidas que nosotros, pero mas fieles. Finalmente el medio de adquirir este aumento de luces es perseverar con fervor en los ejercicios de piedad, continuar en aplicarnos los Sacramentos y los méritos de Cristo con sólo el deseo de agradarle, y de llegar antes de morir al grado de perfeccion á que nos ha destinado.

PUNTO III.

De la vida unitiva.

Tres puntos se deben observar en la vida unitiva... 1.º *El amor del retiro...* Despues de haber sanado Jesucristo al ciego, «lo envió «á su casa, diciendo: Véte á tu casa; y si entras en la aldea, no lo «digas á nadie...»

El que se quiere unir á Dios, y estar á él unido se debe retirar en su casa, en su oratorio, en su corazon: aquí se debe emplear en el ejercicio de la presencia de Dios, en la oracion, en la meditacion, en la leccion y en todo lo que es propio de su estado. ¡Ah, cuántas veces tendremos necesidad de que se nos repitan estas palabras: *Véte á tu casa!* pero nosotros la aborrecemos: tal vez en ella nos viene tedio, y no sabemos en qué ocuparnos: acaso en ella somos autores de desgracias y de disgustos, y estamos en ella para causar desorden y turbar la paz. ¡Ay de mí! si amásemos nuestra salvacion, y si buscásemos agradar á Dios, nuestra casa seria nuestras delicias, y nosotros seríamos las delicias de nuestra casa.

2.º *El tratar rara vez el mundo...* «Y si entrases en la aldea...»

Jesucristo no nos prohíbe todo comercio con el mundo. Por retirados que estemos, no podemos dispensarnos de comunicar tal vez con él; ó sea que nosotros vamos á él, ó sea que él venga á nosotros. Estamos algunas veces obligados por necesidad, llevados por la caridad, empeñados por las obligaciones de complacencia, á que nos prohíbe faltar la misma piedad; pero fuera de estas ocasiones, atendamos en nuestra casa á Dios y á nuestro deber. El que ama el trato del mundo por verlo y ser visto de él, por ir en busca de su amistad y de su estima, por participar de sus placeres y de su dispacion, no podrá jamás estar unido á Dios ni evitar un gran número de culpas, antes corre peligro de pensar bien presto como el mundo, de coger los vicios del mundo, y de perderse con el mundo.

3.º *La discrecion de las palabras en el trato del mundo;* «no lo digas á nadie...»

Jesucristo ordena al ciego ya sano, que si entra en Betsaida, nada diga de cuanto ha sucedido... Pero Señor, sin que él lo diga, ¿no basta que él entre en la aldea, para que todos vean que ya no está ciego, y que Vos lo habeis sanado? Sin duda; pero vuestra intencion es, que no diga de qué manera ha sanado. Y en esto cabalmente debe ser nuestro modelo... Dejemos, sí, dejemos que se observe en nuestras operaciones la mudanza que ha hecho la gracia en nosotros; pero seria comunmente efecto del orgullo y de la imprudencia el publicarlo. Si nos vemos obligados á volver á entrar en el mundo, toda nuestra conducta le haga ver que hemos sanado de la ambicion, de la vanagloria, del amor de nosotros mismos y de los placeres; demos una mirada á los escollos de que está lleno, al peligro de los objetos que nos presenta, y evitémoslos: comprenda él que no es el temor, la afectacion, ó el capricho, sino la gracia de Jesucristo la que nos ha trocado, la que nos ha sanado. En orden, pues, á la manera con que hemos sanado, no debemos hablar en presencia del mundo, que está demasadamente inclinado á burlarse de todo aquello que no es conforme á sus ideas. Las personas piadosas ó consagradas á Dios no deben descubrir sino con una suma discrecion los santos ejercicios en que pasan su vida, y con que se santifican. Los mundanos son muy curiosos sobre esto, para despreciarlos y hacerlos ridiculos. Basta, pues, edificarlos, y traerlos á la virtud con santos discursos, y aun con buenos ejemplos. Pero ¡oh Dios, qué escándalo no seria, si nos dejásemos ver entre ellos ciegos como ellos y sujetos á las mismas flaquezas! Cuanto son ellos

ciegos para sí mismos, otro tanto están con los ojos abiertos sobre las personas de quienes con derecho deben ser edificados.

Petición y coloquio.

Hacedme dócil á estas santas verdades, ó Dios mio, disipad todas mis tinieblas con la operacion de vuestra gracia, para que camine con júbilo por el camino de los preceptos que Vos me dais: cogedme Vos mismo por la mano, ó Jesús, y llevadme fuera de la ciudad. ¡Ay de mí infeliz, cuántas veces habeis querido conducirme y sacarme fuera, y yo no he querido! ¡cuántas veces habeis querido cogermme por la mano, y yo la he retirado para escaparme de vuestras tiernas y caritativas diligencias, ó Salvador mio, y la he extendido despues á un mundo engañador! Ahora la extendo hácia Vos, ó médico caritativo y poderoso; conducidme é iluminadme para que os vea, os conozca, y á Vos solo ame. Amen.

MEDITACION CXXXV.

CONFESION DE SAN PEDRO.

(Marc. viii, 27-30; Luc. ix, 48-21; Matth. xvi, 13-20).

Examinemos: 1.º cómo viene hecha; 2.º cuál es la recompensa; 3.º por qué Jesucristo prohíbe que se haga pública.

PUNTO I.

Cómo viene hecha esta confesion.

1.º *Lo que la precede es la oracion...* «Y salia Jesús (de Betsaida) «con sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo: y... por el «camino... Y aconteció que estando solo orando, se hallaban con él «sus discípulos, y les preguntó...»

Habiendo enviado Jesús el ciego sano á su casa, continuó su camino con sus Apóstoles, recorriendo las aldeas y granjas hasta los contornos de Cesarea de Filipo, ciudad situada al Septentrion de la Palestina, hácia el origen del Jordan, y diferente de Cesarea de Palestina, situada sobre las riberas del mar Mediterráneo. En las cercanías de este lugar se retiró á un sitio apartado, donde llevó consigo sus Apóstoles. Antes se separó tambien de ellos para ponerse en oracion... El pueblo que lo habia alcanzado por el camino lo esperaba en la campiña, y los discípulos mas cercanos á él lo observaban en silencio mientras oraba. Cuando Jesucristo eligió á sus Apóstoles, comenzó por la oracion, y en esta ocasion que quiere es-

tablecer una cabeza de sus Apóstoles, y su Vicario sobre la tierra, comienza tambien con la oracion. Sobre la oracion ha formado Jesús el plan de su Iglesia y ha establecido todo el órden jerárquico; esto era de lo que trataba con su Padre; sus oraciones se enderezaban por esta querida Iglesia, y á esta volvia todos sus pensamientos, hasta que la adquirió con derramar toda su sangre. Por medio tambien de la oracion esta santa esposa se une á su Esposo celestial: por la oracion es ella fecunda, nos da la vida y el alimento, y nos enriquece de todos los tesoros. Hijos de la oracion, ¿qué ardor tenemos nosotros para orar?

2.º *Lo que le da ocasion es una conferencia particular...* Acabada su oracion vino Jesús á encontrar los discípulos; y caminando con ellos, mientras el pueblo lo seguia un poco mas de lejos, comenzó á discurrir y á preguntarles, «diciendo: ¿Quién dicen los hombres que «es el Hijo del hombre?... ¿Quién dicen los hombres que soy yo?...»

¿Cuán útiles serian nuestras conversaciones, si en ellas se tratase sobre Jesucristo, sobre sus misterios, sobre su doctrina, y sobre los intereses de su gloria? «Y ellos respondieron: Unos que Juan Bautista; otros Elías; otros Jeremías... Y otros que resucitó uno de los «antiguos Profetas...» ¡Ah! ¡cuán inclinado es el espíritu humano al error, y cuán naturalmente opuesto á las verdades de la salud! ¿Cómo puede suceder que en un pueblo acostumbrado á oír á Jesucristo, y testigo de sus milagros, no sea la opinion mas comun que él es el Mesias esperado? Algunos, aunque en menor número, lo han reconocido; pero el gran número estima mas caer en toda suerte de quimeras y de extravagancias, que reconocer un Mesias que no es segun sus deseos... La humildad y la santidad de Jesucristo, hé aquí lo que aun hoy impide al mundo el reconocerlo; pero dejemos que el mundo se vaya perdiendo en sus sistemas y en sus quimeras; busquemos nosotros la verdad en el cuerpo apostólico: escuchemos su cabeza, y no nos separemos jamás de la fe de los primeros pastores: ella sola puede disipar nuestros errores y sosegar nuestras inquietudes.

3.º *Lo que la acompaña es una fe viva y reflexiva...* «Y Jesús les «dice: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondió Simon Pedro, «y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo...» esto es, el Mesias.

Esta confesion de san Pedro fue notable por la fe que la acompañó, y mereció ser alabada y recompensada por el Salvador. No es la primera vez que Jesucristo ha sido llamado Hijo de Dios. Fuera de que los demonios lo llamaban comunmente así, Natanael le habia

dado este nombre en un primer movimiento de admiración ¹. Los Apóstoles todos juntos, apenas volvieron en sí del miedo sobre el mar de Tiberíades, se lo habían también dado ². Á la siguiente mañana de la multiplicación de los panes, después de las maravillas del mar de Tiberíades y del país de Genesar, san Pedro, también sorprendido de los precedentes sucesos, hizo en nombre de todos la misma confesión que hace aquí ³. Pero puede ser que los movimientos de sorpresa, de júbilo y de admiración, y aun de temor, que en estas diferentes ocasiones habían sacado como por fuerza esta confesión, le hubiesen disminuido entonces el precio. Aquí nada hay semejante: los espíritus están tranquilos, y obra la fe sola... Yo me uno, ó Jesús, con este bienaventurado Apóstol; y postrado á vuestros pies os reconozco por el Mesías, por el Cristo, por el Ungido del Señor, por el Hijo de Dios, no por adopción, sino por naturaleza. Reconozco en Vos el Verbo encarnado, la naturaleza divina y la naturaleza humana subsistentes en una sola persona, la segunda de la santísima Trinidad. Reconozco que, según vuestra naturaleza humana, sois verdaderamente hombre semejante á mí; y según vuestra naturaleza divina, verdaderamente Dios, igual al Padre, y un solo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Os reconozco por mi Rey, por mi Salvador, por mi Mediador y por mi Dios, en quien pongo toda mi esperanza, y á quien consagro todo mi amor.

PUNTO II.

Cuál es la recompensa.

La recompensa de la confesión de san Pedro fue la declaración que Jesucristo le hizo de toda la economía de la Iglesia, y de la parte honrosa y singular que en ella debe tener...

1.º *Jesús le muestra cuál es el origen de la fe y de la doctrina de la Iglesia, y que esta fuente está para él abierta...* «Y respondiendo «Jesús, le dijo: Bienaventurado eres tú, Simon Bar-jona, porque no «te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en «los cielos...»

La fe cristiana tiene su origen en la Divinidad: lo que nos enseña ha sido revelado por el mismo Dios. El Hijo de Dios, enviado por el Padre, nos ha anunciado las verdades de la revelación: el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, nos ha declarado y confirmado estas verdades; y de ellas conserva en la Iglesia el precioso depósito.

¹ Joan. I, 49. — ² Matth. XIV, 33. — ³ Joan. VI, 70.

Nada deben á la industria humana los dogmas de la fe: no son estos sistemas de filósofos ó producciones informes y vacilantes de la meditación de los sábios: es un cuerpo de verdades esenciales que nos hacen conocer á Jesucristo, y por medio de él á Dios su Padre; que nos descubren nuestras obligaciones, y la felicidad de nuestro eterno destino, con los medios de llegar á él. ¡Oh ciencia divina, en cuya comparación todas las demás ciencias no son otra cosa que tinieblas! ¡Oh afortunado Apóstol, á quien el Padre celestial ha hecho una revelación tan importante, que fuiste el primero en confesar el Hijo de Dios de una manera digna de sus elogios, y que te ha procurado las ilustres prerrogativas, de que quiere honrarte, y que te quiere anunciar! ¡Afortunados los otros Apóstoles por haber pensado como Vos, y por no haberse separado de Vos jamás! ¡Afortunados también nosotros que tenemos al presente la misma doctrina, la misma fe y vuestro mismo lenguaje!

2.º *Jesús le anuncia cuál será la firmeza de la Iglesia, y que el mismo será el fundamento...*

Desde la primera vez que Jesucristo había visto á Simon, le había mudado su nombre en el de Pedro ¹... Desde entonces en adelante indistintamente era llamado Simon, ó Pedro, y tal vez Simon Pedro; pero ninguno, ni aun él mismo sabía aun el motivo de este nombre. Y esto justamente es lo que aquí le explica Jesucristo... Simon había dicho á Jesús... «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vi- «vo...» Y Jesús le respondió... «Y yo te digo que tú eres Pedro, y «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no «prevalecerán contra ella...»

Los herejes han empeñado todo su arte, y sus sábios todas sus diligencias para eludir la fuerza de estas divinas palabras: ellas serán siempre la consolación y el triunfo de los católicos romanos. El nombre de piedra fundamental ó de fundamento es una expresión metafórica que tiene diversos significados, según las personas á que se aplica. Jesucristo es la piedra angular y el fundamento de la Iglesia. Los Apóstoles y los Profetas son el fundamento de la Iglesia. Jesucristo dice á Pedro, hablando á él solo en presencia de los otros Apóstoles, que él será el fundamento de la Iglesia. Un católico concibe fácilmente que en fuerza de todas estas expresiones, Pedro es infinitamente menor que Jesucristo, y alguna cosa más que los Apóstoles y Profetas. La Iglesia, la sociedad de los fieles representada aquí bajo la figura de un edificio que pertenece á Jesucristo, y de

¹ Joan. I, 42.

que él es el arquitecto, no debía propiamente comenzar á formarse sino despues de la venida del Espíritu Santo, y cuando Jesucristo ya no estaria sobre la tierra. Era, pues, necesario que dejase á esta sociedad una cabeza visible que tuviese su lugar, y fuese su vicario en la tierra, y mantuviese sobre sí, por decirlo así, todo el peso de este grande edificio. Y para esto justamente declara aquí el Salvador que destina á san Pedro. Esta sociedad debe durar siempre, y san Pedro debía morir; era necesario, pues, con san Pedro entender tambien sus sucesores los romanos Pontífices: así lo ha entendido siempre la Iglesia; así tambien lo han comprendido los herejarcas antes de su apostasía. La Iglesia fundada sobre esta piedra; esta Iglesia que reconoce al Pontífice romano por su cabeza visible y la Iglesia romana por centro de su fe, subsiste ya cuási por diez y ocho siglos. Contra esta piedra se han hecho pedazos todos los esfuerzos del inferno. Esta piedra ha resistido á todo, y todo lo ha rebatido: ella ha reducido á polvo los dioses facticios de la idolatría, y ha arruinado á los tiranos que la protegian; ha disipado y puesto en fuga las herejias, las cuales están aun, en verdad, esparcidas sobre la tierra, y como estrechada cada una en cualquier ángulo particular; pero es para servir de monumento á las victorias de la Iglesia fundada sobre esta piedra. Esta Iglesia es la sola católica, la sola que no es propia de algun pueblo, sino que pertenece á todas las naciones, que se halla esparcida por todos los lugares, y reina sola en el universo, formando un cuerpo de quien todos los miembros están unidos bajo la autoridad de una misma cabeza visible. ¡Oh qué desventura estar fuera de esta Iglesia! ¡qué locura el combatirla! ¡qué ceguedad no reconocerla, y buscarla donde no está! ¡y qué ventura para nosotros ser sus miembros! ¡Ah! demos gracias á Dios. Unámonos, y estrechémonos siempre mas con esta firme piedra: no nos alejemos jamás de la fe de Pedro, y vivamos de una manera digna de nuestra fe.

3.º *Jesucristo le declara cuál será la forma de su Iglesia, y qué autoridad ejercerá él en ella...*

Jesucristo ha llamado siempre á su Iglesia el reino de los cielos, y así la llama tambien ahora aquí. Es un reino que le ha dado Dios su Padre, y que él ha adquirido con el precio de su sangre; él solo en ella es el rey y el monarca absoluto. Es el reino de los cielos esencialmente unido con aquel reino eterno preparado para los justos en el cielo, y enteramente separado é independiente de los reinos de este mundo, cuya administracion ha dado Dios á los reyes de la tier-

ra. Este reino de los cielos no mira al hombre sino como destinado á servir á Dios, á santificarse y á merecer gozar de Dios en la eternidad. Pero este reino de los cielos ¿cómo se gobernará sobre la tierra cuando su Rey habrá ya subido al cielo? ¿Quién gobernará en su lugar hasta la fin de los siglos que durará este reino, y con qué poder gobernará? Esto es lo que descubre aquí el Salvador, bajo de otras dos metáforas... Continuando, pues, á hablar á san Pedro, le dice: «Y á tí daré las llaves del reino de los cielos...» Es, pues, san Pedro, á quien Jesucristo dejando la tierra para volver al seno de su Padre, entregará las llaves de su Iglesia; este, pues, tendrá las veces de Jesucristo, á él tocará el cuidado universal de toda la Iglesia. ¡Oh y qué dignidad sobre la tierra! ¿Y podremos ahora admirarnos de que todos los fieles, los reyes, los emperadores hayan estado siempre solícitos en honrarla con las mas ilustres señales del respeto mas profundo y religioso? ¿Y quién no quedará sorprendido de las blasfemias y de las villanías que han vomitado los herejes contra una dignidad tan sublime establecida por el mismo Jesucristo? ¿Quién no gemirá al ver aun los hijos de la Iglesia tomarse el maligno placer de buscar todos los medios con que poder disminuir el respeto debido á aquel carácter supremo, y á aquellos que están elevados á él? ¿Creerán estos que Jesucristo no se dará por ofendido?

Pero ¿cuál es el poder que Jesucristo le confiere? Este divino Salvador añade... «Y cualquiera cosa que habrás atado sobre la tierra, quedará atada tambien en los cielos; y cualquiera cosa que habrás desatado sobre la tierra, será tambien desatada en los cielos...» Esta potestad de atar y desatar se llama á las veces potestad de las llaves; pero hay esta diferencia, que las llaves, que son el símbolo de la suprema potestad, se han prometido solamente á san Pedro, y la potestad de atar y de desatar, que singularmente se ha prometido á san Pedro, se concedió tambien á todos los Apóstoles¹. Esta potestad de atar y desatar se ejercita en la Iglesia por el Papa sucesor de san Pedro, por los Obispos sucesores de los Apóstoles, y por los otros ministros del segundo orden, segun lo que está determinado y regulado por los Cánones. La potestad de atar se ejercita con las censuras, con diferir la absolucion, con la reservacion de ciertos casos, con la penitencia que se impone á los pecadores, y con todo lo que hace la Iglesia para humillar las almas pecadoras, y prepararlas á volver sinceramente á Dios... La potestad de desatar se ejercita con la absolucion de las censuras y de los pecados, con la remision de la pe-

¹ Matth. xviii, 18; Joan. xx, 23.

nitencia, con las indulgencias, con las dispensas, y con todo lo que la Iglesia hace en favor de los débiles y de los penitentes para ayudarles y aliviarlos. Todo lo que hacen los ministros en este género, segun los Cánones y las reglas de la Iglesia, queda ratificado en el cielo: esta es la palabra del mismo Jesucristo. Solamente la impiedad puede hacer despreciar estos vínculos espirituales que, por ser invisibles, no son menos formidables. Y ¡oh cuál es el furor de la herejía en desenfrenarse contra la potestad de desatar concedida por Jesucristo con tanta bondad y misericordia! Sectas desgraciadas, en que renunciando á la Iglesia han renunciado á todas las utilidades que puede ella procurarles, en que ninguna autoridad puede romper las ataduras del pecado, en que viven, y en que conviene que todos sus partidarios mueran. ¡Ah! seais por siempre bendito, ó Salvador mio, por haber dado á los pastores de vuestra Iglesia una potestad tan amplia y tan misericordiosa. Iré, pues, á ellos lleno de confianza en vuestras promesas; sujetaré mi alma á su juicio; absuelto en su tribunal, estoy seguro que, habiendo ido á él con sinceridad y contricion, seré del vuestro absuelto en el cielo. ¡Oh qué consolacion! ¡oh qué júbilo interno! ¡qué dicha para un miserable pecador como lo soy yo!

PUNTO III.

Por qué Jesucristo prohíbe hacerla pública.

«Entonces ordenó á sus discípulos, que no dijese á ninguno que «él fuese Jesús el Cristo...» No queria con esto el Salvador que esto se ignorase. Juan Bautista lo habia anunciado y mostrado como tal: él mismo probaba con sus obras que lo era, y lo declaraba algunas veces á viva voz, mas ó menos oscuramente, segun la disposicion de su auditorio, y las leyes de su divina sabiduria. El pueblo mal dispuesto y poco atento no comprendia cuanto les anunciaba de su divinidad. Lo comprendian, á la verdad, sus enemigos; pero le hacian de esto un delito. Despues que habian resplandecido sus milagros, y excitado contra él los celos y el odio de los principales y cabezas, no se podia publicar claramente que él fuese el Mesías y el Hijo de Dios, sin exponerlo á una muerte cierta. Y estas son las circunstancias en que quiere que sus Apóstoles se contenten con anunciar, como han hecho, la llegada próxima del reino de Dios y la necesidad de prepararse á él con la penitencia, mandándoles que nada digan á ninguno de que él es el Cristo. Se pueden considerar tres razones:

1.º *Primera razon tomada de la dignidad de este misterio...* El gran misterio de la Encarnacion, primera obra de la sabiduria y de la omnipotencia de Dios, y fundamento de la redencion de los hombres: este misterio, despues de haber sido rápidamente anunciado por el Precursor, era por su naturaleza demasíadamente divino, y demasíadamente sublime para ser dignamente publicado por otro que el mismo Verbo encarnado. Segun los decretos de la Sabiduria eterna, y en vista de la mala disposicion de los espíritus, la confesion pública de la divinidad de Jesucristo debia estar sellada con la sangre de aquel que la haria, y no podia ser ni estar mejor sellada que con la del mismo Hombre-Dios. Ninguna criatura era digna de derramar su sangre por esta sublime verdad antes que Jesucristo hubiese merecido la gracia, y dado el ejemplo con derramar la suya.

2.º *Segunda razon tomada de las consecuencias del suceso...* Si antes de la muerte de Jesucristo se hubiese convertido la fe de los pueblos hácia el grande misterio de su divinidad, esta fe aun tierna hubiera sufrido un grande escándalo al tiempo de su pasion y de su muerte, con peligro de no restablecerse jamás. Los Apóstoles mismos ¿no quedaron por ventura escandalizados? ¿no fue por ventura abatida y consternada su fe cuando Jesucristo les reveló este misterio? ¿qué cosa no fue necesaria para animarlos?

3.º *Tercera razon tomada del testimonio de los Apóstoles...* El testimonio de los Apóstoles, durante la vida de su Maestro, no habria tenido aquella fuerza de prueba que tuvo despues de su muerte, despues de su resurreccion, despues de su ascension, y despues de la venida del Espíritu Santo. Que discípulos, ó engañados ó engañadores, publiquen maravillas de su maestro mientras que viven con él, por conciliarle á él ó á sí mismos crédito y consideracion; esto tiene mucho de humano, y se ha visto ya mas de una vez; pero que discípulos publiquen la divinidad de su maestro solo despues de su muerte, y esperando ellos mismos la muerte por recompensa de su celo; esto es lo que es divino, y lo que jamás se ha visto en otra parte. Á este testimonio el universo se ha convertido, y los cristianos han ofrecido su sangre, y la han derramado por la confesion del nombre de Jesús.

Peticion y coloquio.

¡Ah! ¿por qué no puedo yo derramar mi sangre por una causa tan buena? ¿por qué no puedo yo unir mi sangre con la de tantos Mártires, y con la vuestra misma, ó Jesús? Pero ya que no se me

concede un tal favor, será á lo menos gloria mia el publicar en todas las ocasiones vuestra Religión, defenderla segun mis fuerzas, y justificarla con la santidad de mi vida, á fin de obtener la recompensa que habeis prometido á los que crean en Vos. Amen.

MEDITACION CXXXVI.

JESÚS PREDICE SU PASION Á SUS APÓSTOLES.

(Matth. xvi, 21-23; Marc. viii, 31-33; Luc. ix, 22).

Consideremos : 1.º las circunstancias de esta prediccion ; 2.º los términos con que la expresa ; 3.º la oposicion de san Pedro á su cumplimiento.

PUNTO I.

Circunstancias de esta prediccion.

1.º *¿En qué tiempo hace Jesucristo esta prediccion?...* «Desde entonces comenzó Jesús á manifestar á sus discípulos...» el misterio de la pasion... Lo hizo despues de haber confirmado á sus Apóstoles en la fe de su divinidad, y en el tiempo mismo que hacian profesion de creerla... Si mas presto les hubiera hecho esta declaracion, hubiera sido capaz de desanimarlos, y acaso de que se despidiesen y se apartasen de él. No separemos, pues, estos dos misterios, uno de gloria y otro de humillacion. Un Dios hecho hombre, un hombre Dios, ¡qué misterio! Pero este hombre Dios paciente y moribundo, ¡qué misterio mucho mayor todavía! ¡Oh cuánta sabiduría, cuánta grandeza, cuánto amor en estos dos misterios unidos entre sí! Mi Salvador es Dios, y mi Dios muere por mí. ¡Qué motivo de esperanza! con estos pensamientos, ¡de qué sentimientos no debe estar penetrado mi corazon!

2.º *¿Á qué fin Jesús hace esta prediccion?...* Á fin de que el misterio de su cruz, que sus discípulos deben tener bien presto bajo de sus ojos, no destruya en su espíritu el misterio de su divinidad, que no podian ver, sino que al contrario lo confirmase... Opónganme, si quieren, el judío, el filósofo, el impío la muerte ignominiosa de Jesucristo, yo siempre les responderé : Sí : ha muerto ignominiosamente; pero mucho tiempo antes que sucediese habia ya predicho el mismo Jesús el tiempo, el lugar, y la manera. La prediccion de esta muerte le quita todo el escándalo, y bien léjos de turbar mi fe, la confirma, mayormente estando unida con la prediccion de una pronta resurreccion, lo que no se verificó menos que la prediccion de la muerte.

3.º *¿Á quién hace Jesús esta prediccion?...* Á sus Apóstoles, á aquellos que le siguen y que le están mas unidos... ¡Felices aquellos con quienes Jesucristo trata de su pasion y de su muerte! Felices aquellos que gustan estos misterios, que los meditan, que llenan de ellos su espíritu y alimentan de ellos su corazon. ¡Oh qué dulzuras encuentran en ellos! ¡qué fuerzas, qué gracias, qué consolaciones reciben!

4.º *¿En qué lugar hace Jesús esta prediccion?...* En lugar separado, en la soledad, y léjos de la multitud de la gente. ¿Y quién nos impide retirarnos tambien nosotros aparte con Jesucristo y separarnos algunos momentos de la multitud, para meditar despacio y á nuestro gusto lo que su amor le ha hecho sufrir por nosotros?

5.º *¿En qué manera hace Jesucristo esta prediccion?...* «Y habla de esto abiertamente...» en términos claros y precisos. El Precursor habia anunciado esta muerte bajo la figura de cordero y de víctima ¹. Jesús mismo la habia muchas veces anunciado á todo el pueblo, y en presencia de sus enemigos; pero bajo la figura de Jonás, bajo la figura del templo, bajo la figura de serpiente de bronce puesta en alto por Moisés ². Aquí habla él á sus amigos y les habla sin parábola y sin figura; porque ya se acercaba el tiempo, y ellos deben estar instruidos. En toda esta conducta hace Jesús comparecer su divina sabiduría, y asegura siempre mas nuestra fe, fortificando la fe de sus Apóstoles.

PUNTO II.

Los términos de esta prediccion.

«Jesús empezó á manifestar á sus discípulos que convenia que él «fuera á Jerusalem... que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea «reprobado por los ancianos, y por los príncipes de los sacerdotes, «y por los escribas, y sea muerto... y que resucite al tercero dia...» Pensemos cada una de estas palabras.

1.º *Era necesario...* Dios su Padre lo habia ordenado así. Orden suprema y bien rigurosa; pero orden de la soberana sabiduría que une los derechos de la justicia mas severa con los favores de la mas tierna misericordia. Dios es tan compasivo para con los hombres, que de buena gana les quiere dar su Hijo por Redentor; pero al mismo tiempo es tan celoso de los derechos de su justicia, que por la reparacion del pecado exige la muerte de este amado Hijo... ¡Ah! no for-

¹ Joan. i, 29, 36. — ² Joan. ii, 19; iii, 14.